

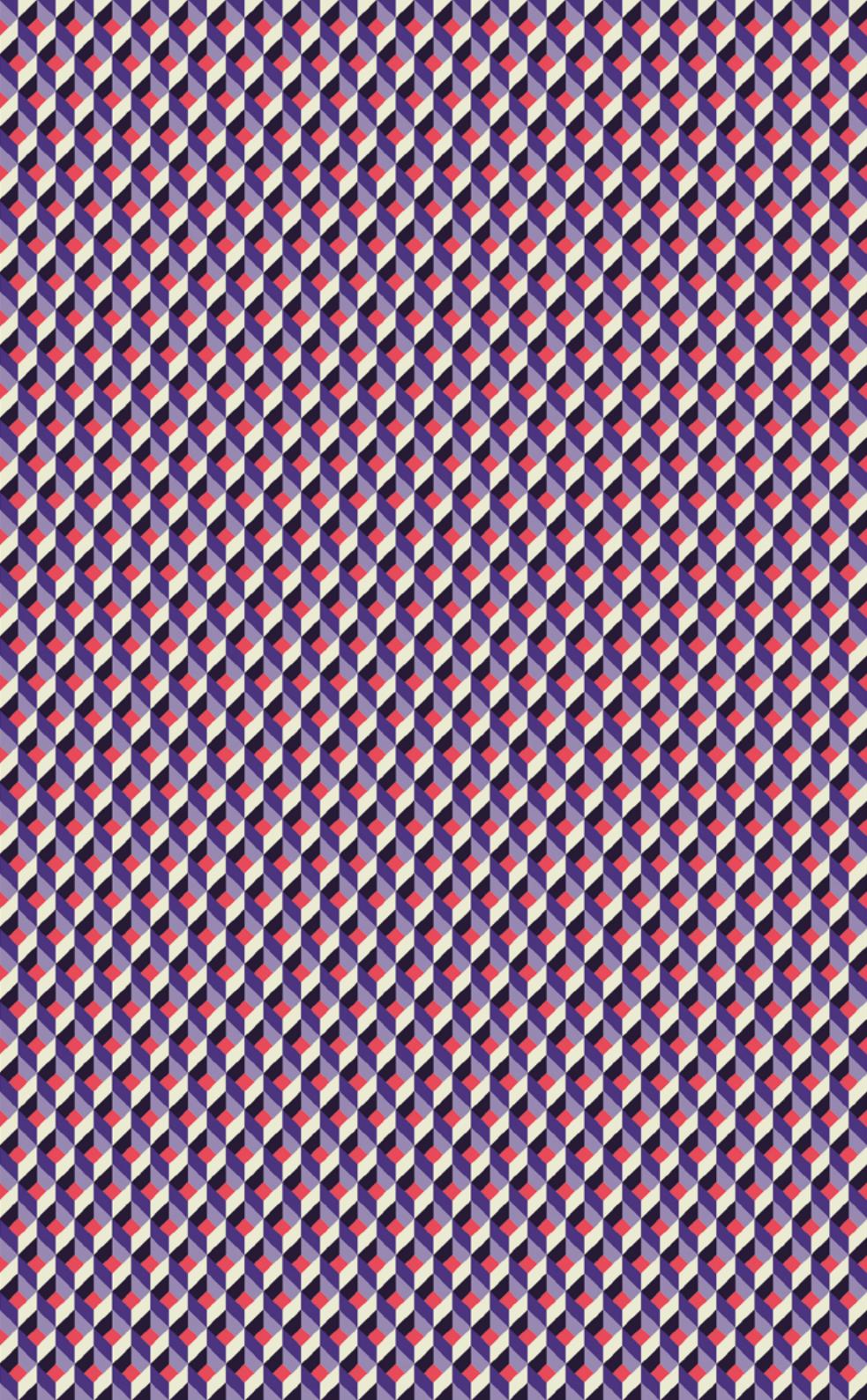
JULIO ALEJANDRE CALVIÑO

# EL VÍA CRUCIS

SERIE ZENOBIA

CULTUREBOOKS

RELATOS  
CORTOS



JULIO ALEJANDRE CALVIÑO

# EL VÍA CRUCIS



V CERTAMEN NACIONAL  
DE RELATOS CORTOS  
**ZENOBLA**



Universidad  
de Huelva



Ayuntamiento  
de Moguer

## Datos Edición

Primera edición en formato Papel: enero 2011

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Julio Alejandro Calviño

Colección: CULTUREBOOKS

Serie: ZENOBLA / N°: 6

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H 6-2011

ISBN papel: 978-84-18280-74-0

ISBN Ebook: 978-84-18280-33-7

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.



QR DE DESCARGA



Volver al índice  
pulsando el pie  
de la página

EBOOK



Citar  
el libro



Navegar por  
marcadores e  
hipervínculos



Realizar  
notas y  
búsquedas  
internas



Comparte  
#LibrosUHU



Únete y  
comenta



Novedades a  
golpe de clik



Suscríbete  
a nuestras  
novedades

Saulo



**Nos fuimos con lo puesto.** Los que tuvimos más suerte pudimos salvar apenas lo que cabe en un saco. No es mucho, verdad. Y aun así, vieran lo pesado que se llega a hacer. Cuando hubo que elegir las cosas, a la carrera, no fue fácil decidirse. Nunca se sabe lo que nos puede hacer falta. Yo me llevé un par de cobijas, algo de comida para el camino, un lío de cabulla, una mudada de ropa y la poquita plata que había juntado de la venta del último maíz. Volados útiles. Pero las cosas del corazón, las que sustentan los recuerdos, se quedaron botadas; no nos parecieron lo bastante importantes en aquel momento. Sólo después las echamos en falta, cuando ya hubimos puesto la vida a salvo. Cómo suspiramos por ellas entonces. Parece que nos han dejado un hueco, dentro del pecho, que no hay manera de llenar, y ahora somos una familia sin historia; sin historia y sin tierra. Por eso he querido regresar. Por eso principalmente.

Nos ubicaron a todos en un llano alto y helado, todo el invierno soplando el norte, ese viento perro que le levanta a uno dolor de cabeza. Pero al menos allí, en el campamento, estábamos a salvo. Aunque todo escasee, no falta nada de lo básico: los tres tiempos de comida, ropa para el que no tenga, cobijas para no aguantar frío, jabón y hasta café; todo, lo mismo a quien se esfuerza como a quien no hace nada, al que coopera como al que no. Uno no tiene que trabajar

si no quiere; y eso no es bueno ni justo. Los jóvenes aún pueden hacer algo, pero nosotros, los viejos, parece que sobramos. Pasamos los días sentados en unos bancos de madera, que están pulidos de tanta nalga como aguantan, contando historias de aquí, recordando, mirando para la frontera. Los años se pasan despacio, con esa tristeza que le anida a uno adentro, que no lo deja dormir, ni descansar. ¿Qué va a hacer uno lejos de la tierra? Un campesino sin tierra no es nada. De pensar en morirme en el destierro, se me va la alegría. Así que mejor me regreso, les dije, qué tengo que temer allá si se fue la gente. No se vaya usted, tata, me pidieron los hijos. Pero no les hice caso y me vine.

Uf, varios días andando, una semana tal vez, o más. Atravieso páramos solitarios, hondonadas calientes y cerros helados, lejos de la gente y las patrullas. Uno está viejo, pero marchó despacio y sin miedo. Este camino es como un vía crucis íntimo que se sufre en carne propia: a cada nuevo paso que se avanza, uno reza para dentro, recordando. Igual que cuando salimos en huida, pero en sentido contrario. Han pasado sólo unos años, pero a esta edad los huesos resienten mucho el paso del tiempo.

Al final está el río. Baja bravo. En esta época, que es de lluvias, las aguas revientan el cauce. Desde la orilla extranjera miro la propia; extranjera es un decir: la tierra es la misma, la gente también; sólo un río que divide. Serán cien varas, doscientas lo más; pero no se puede cruzar, ya no había barca, ni cómo pasarse, así que me quedo un tiempo arrimado donde mi compadre don Lupe.

-Para allá vas, vos.

-Para allá voy, dije.

-Mejor vuélvase. A veces se presentan soldados del otro lado, me advierte, tal vez buscando gente refugiada.

Mi compadre siempre anda con miedos. Está delgado y seco. Se le ha pegado la piel a los huesos. La comadre no, ella está mero cholotona. Me han dejado dormir en la cocina, fuera de la casa, y se mete el agua cuando llueve. Cada día llueve más que el anterior, y el río más alto. La tierra se vuelve un puro lodazal y el aire huele a madera podrida y a moho.

Una mañana llega un hombre por el camino del pueblo con dos bestias.

-Yo lo ayudo a cruzar, me dice.

Y me pasó el río en las mulas. Buenas nadadoras eran. Al llegar al otro lado se regresó.

-Tenga cuidado mi amigo, porque en esta orilla nadie responde.

-No se apure, le contesto.

Todo está enmontañado, abandonado. Crecen los árboles por doquier y las enredaderas que cuelgan de sus ramas tejen una maraña impenetrable. Subo por el cerro de La Peña, buscando Los Talpetates; es dura la pendiente, pero ahora estoy en mi tierra, alegre dentro de lo que cabe, porque lo que se perdió ya no se va a recuperar.

Allí estaba la casa. Ahora está caída y sólo unas paredes quedan en pie. Quizá la incendiaron o hicieron fuego dentro, porque se ve el carbón incorporado a la tierra, aunque la haya lavado la lluvia. Todo está cambiado, pero reconocible. El piñal

ha crecido mucho, lo mismo que el monte entre los palos de arrayán y de zapote. No tienen fruto porque no es la época, pero más adelante ya se verá. El cerco de palos de jiofe, que recién había levantado antes de la huida, está brotado. Quiero buscar el lugar donde murió la esposa, para honrarla como es debido. Me la mataron entre las matas de huerta y allí mismo la enterré, con prisas, mirando por salvar la propia vida, pero no he hallado la cruz, ni el túmulo. Después de tanto tiempo, es natural.

Me paro en medio de la vereda y miro a mi alrededor. Tanta desolación, pienso, para qué ha servido. Este caminar por la tierra, esta existencia dura y sufrida que hemos llevado, adónde nos conduce. No voy a arreglar la casa, porque no se puede recuperar el pasado; sólo quiero sembrar una milpa con semillas nuevas, que estas viejas manos se pongan a trabajar, que les salgan callos, pues; exprimir este cuerpo gastado trabajando la tierra. Pero aún no, aún quedan por hacer cosas que no pueden esperar a mañana.

Dejo el puesto y bajo el cerro, buscando la quebrada de Los Pueblos, que tiene un remanso amplio, muy sombreado, donde las ramas de los arbolones en ambas orillas casi se tocan por encima de las aguas; y de entre todos sobresale un gran conacaste, alto y tan viejo como la vida, con la corteza gris abultada por los músculos que le sirven para sujetarse a la tierra y mantenerse en pie. Por aquí siempre se les ha tenido miedo a los conacastes, dicen que la Siguanaba se esconde en su tronco, que le puede salir a uno en la noche y llevárselo para no volver. Pero este lugar

está siempre tranquilo y se puede descansar de la canícula en los días más calientes del verano.

Alrededor del conacaste el suelo está cubierto de grandes piedras negras y redondeadas, sacadas del río. Cada piedra, con una cruz y un nombre, encierra el recuerdo de una persona. Las han ido dejando de a poquitos, cada quien de los que conocía.

Y ahora me pertenece a mí poner nuevas piedras, una por cada quien de los que murieron en la huida, de los que se ahogaron en el río, de los que se enfermaron en el campamento, de los que se apagaron de tristeza o soledad. Busco buenos cantos río abajo, grandes, redondos y oscuros, los cargo al lomo, les pinto una cruz blanca con un pedazo de cal, los marco con las letras y los coloco en su sitio. Yo no soy cura, ni entiendo de religiones, pero si no siembro las piedras bajo el conacaste y las señalo cada cual con su nombre ¿qué quedará de los que se fueron? ¿quién guardará su memoria?

Todavía algunas tardes se juntan nubes para traer la tormenta. Se oscurece la tierra y ruedan los truenos por el techo del cielo como rocas enormes, estallan los rayos con un traquido que revienta los tímpanos y cae la tromba con la fuerza de una venganza, pero a pesar de todo no me asusto. Yo levanto la cara para que se remoje este pellejo seco que cargo por máscara y abro la boca hasta desencajar las quijadas para tragar la lluvia que me sacia y que me limpia. Tras la tormenta pasa una patrulla de soldados y me encuentran en medio de la montaña. No son muchos, pero suficientes para turbar mi calma. Caminan con pasos de metal y llevan las caras ocultas. Detrás

de las pinturas se esconden unos ojos manchados de vergüenza y miedo. Están sorprendidos por mi presencia y las bocas de los fusiles me interrogan en silencio; pero aquí solamente estoy yo, nadie más.

—No cargo nada, les respondo, mis manos, mi pobre cacaxtle reseco y arrugado, estas ropas miserables y descoloridas.

Mientras hablo, pienso si no se habrán extraviado, si no serán las ánimas de aquellos que nos hicieron salir, que expían sus culpas en este purgatorio. No dicen nada, nomás me regalan las miradas ardientes de los ojos ciegos.

Los veo partir, encorvados bajo el peso de sus mochilas; pero el encuentro me ha dejado cansado y vacío, con el cuerpo helado por un frío que se extiende de dentro para fuera, hacia la tarde caliente. No siento ganas de caminar ni de moverme. Mejor me hago una rosca y dejo que el sol me entibie tantito.

Despierto de un sueño largo y turbio que no recuerdo, con el cuerpo y el espíritu doloridos. Sé que he llorado, aunque no me queden lágrimas. Abro los ojos y miro entre el ramaje hacia el cielo de azul brillante. La guerra, pienso, tan maldita para nosotros, ha sido en cambio un descanso para esta tierra casi esquilmada por el hombre. La selva se extiende de nuevo, se come las veredas y los calveros y cubre las cicatrices que le hemos hecho. Los pozos brotan con fuerza y las quebradas bajan más llenas que nunca. Veo animales que ya tiempos se perdieron, venados, tepezcuintles, cusucos. Los frutos de la temporada desgajan los palos, de cargados que están. Hay lugares que parecen rescatados de la

primera mañana de la creación, lavaditos por el agua, fértil y olorosa la tierra, llena de trinos y de vida. Uno en este lugar no teme a nada, y puedo quedarme tan galán aguantando las estaciones con sus lluvias de lodo y sus sequías de polvo.

—Ay, viejo haragán, ya te quedaste sentado nomás por no moverte, pensando en babosadas, como has hecho siempre.

Se me hace como que es la voz de mi alero Arsenio López, que me persigue desde a saber cuándo fregándome con tonteras y carajadas. Por este rumbo sale una vereda que lleva a su ranchito y la sigo. Hay un potrero cerca y huele a zacate recién cortado. Me da hambre ese olor, como si yo fuera un caballo cansado. La casa parece entera. Yo le ayudé a Arsenio a levantarla. Tiene catorce hiladas de adobes y le incrustamos en ellos trocitos de teja pensando en repellarla un día, pero no se pudo, por la guerra. Delante de la casa veo a la Chica, su mujer. Me saluda como si nada, como si hubiéramos estado platicando ayer.

—Y Arsenio, le pregunto.

—Cortando zacate. Pase usted y síntese.

La pared, al acercarse uno, se ve maltratada y vieja, igual que la puerta, que está desvencijada y bate loca con el aire. Adentro parece una ruina porque medio techo está hundido. A un lado, las costaneras podridas y las tejas rotas se amontonan en el suelo. En el otro lado está el fogón apagado y la Chica me sirve una vasada de café frío, pero lo siento tan rico como si estuviera recién cocido. Hay dos viejas sentadas en zancudos. Al principio no las

vide. Quiero reconocerlas, pero no caigo en quiénes serán. Con esos ropones oscuros y los trapos en la cabeza, como si fueran evangélicas, es difícil atinar.

—Elpidito, hijo mío, me llama una de ellas. Tiene la boca desdentada y la cara tan arrugada como la corteza del quebracho. A su lado yo parezco un jovenón de veinte años.

—¿No me reconocés, Elpidito?, soy la niña Brígida.

—Fijate vos, le comenta a la otra, que no me reconoció este hombre: si yo he jugado con él cuando era un chigüín.

—No te reconoció, ni tampoco a mí.

Yo estaba creído que se había muerto esta mujer, estoy pensando; me ha parecido ver la piedra con su nombre bajo el conacaste.

La niña Brígida me responde al pensamiento; quizás sin darme cuenta he pensado en voz alta.

—Lo pasamos mal, hijo, tantos sufrimientos que hemos padecido que no te los podés imaginar. Pero aquí estamos, igual a vos. Esta de aquí es la Maximina, la que tenía el sacadero de guaro en Los Cóbanos, ¿no te acordás Elpidito? Se vino con nosotros porque a su nieta la desaparecieron. La muchacha era muy bonita. Mucho, mucho. Una mañana fue al pueblo a comprar comida y algunas cosas, pero no regresó.

La Maximina tiene la piel pegada a la calavera y unos ojos tan perdidos al final de las cuencas que no logró vérselos. Y de nuevo debo haber pensado en voz alta, porque la niña Brígida me contesta.

—Está ciega, por eso no se los podés ver. Ya te he dicho que hemos vivido un calvario verdadero en esta tierra, hijo, han galopado los cuatro jinetes y

todo se ha ido a la chingada.

La Chica me pone en la mano unas tortillas de maíz frías que las voy migando en el café y me las voy comiendo.

—Mi nana siempre ha sido muy fervorosa, Elpidio, me dice la Chica.

Yo también estoy sentado. Todos estamos sentados y parece que el tiempo, dentro de la casa, se ha vuelto espeso y no se mueve, pero cuando salgo afuera ya está avanzada la tarde. Arsenio no ha llegado aún, ha de estar cortando zacate en el potrero y otro día haré por verlo.

Ya ratos se ha levantado un norte enojado y violento que me empuja para adelante, me arrastra y me lleva para donde él quiere, zarandeándome como hoja caída. Cuando se calma me doy cuenta de que me ha robado el sombrero y me ha dejado el pelo sucio de polvo y alborotado. No sé bien dónde estoy.

—Aquí es la escuela.

También está medio destruida. Cuando empezó a ponerse fea la cosa, antes de que le cayeran las dos granadas de mortero que la dejaron así, se marcharon los maestros. Venían de la ciudad a hacer su trabajo, pasaban en el caserío de lunes a jueves, y el viernes se iban a buena mañanita, en el camión del lechero.

A lo largo de los años varios maestros han pasado por esta escuela, sabe, más mujeres que hombres. Algunos echaron raíces y la gente les agarró cariño, bastante, casi como a un padre o a una madre. Imagínese, año con año enseñando a leer, primero a los tatas y después a los hijos, cómo no los íbamos a querer. Hasta las paredes les aprendieron las voces. Si

uno sabe escuchar, aún puede oírlas resonando entre las ruinas. Esta aula era la de don Mario, que perdió la vista de tanto leer a la luz del candil, y aquella la de la niña Martita, que se casó con el finado Tobías. Pero la guerra los echó. Primero a los maestros y después a la propia gente. Se quedó vacía la escuela, vea, igual a la tierra. Ya no hay niños.

-No, ahorita no.

Pero está bien cuidada. Alguien ha levantado el cerco por donde estaba botado, para que no se entren los animales, ha chapodado las malas hierbas y reparado el corredor, que está limpio y bien barrido. De las vigas cuelgan macetas, hechas con viejas latas de aceite, que lucen flores de colores vivos para alegrar la mañana. También han sembrado unos palitos de madre cacao en el patio, están raquílicos y se cimbrean con el norte, pero ya crecerán.

-¿Y usted es maestro?

-Soy el cuidandero.

Este hombre no es de aquí, a saber de qué rumbos habrá venido. Está anciano como yo, pero más delgado, maltratado por la vida quizá. Se cubre con un sombrerillo de paja tan destrozado como la escuela. Está fabricando con costaneras, clavos viejos y trozos de lámina unas puertas hechizadas para colocar en los vanos, y después quiere reparar los pupitres.

-La escuela está abandonada, le digo, no hay nadie.

-Algún día tienen que volver.

Seguro, algún día volverán. No hay guerra que cien años dure.

No sé cuánto tiempo llevo en este viaje, ni si han

sido días o años, pero estoy alegre porque estoy aquí, en mi tierra, y aunque esté vacía y desolada un día volverá a llenarse de gente, como dice el hombre de la escuela. Un campesino necesita de la tierra; sin ella, no es nada. Vuelvo a mi casa, que me está llamando, me jalona de los costados y me susurra en los oídos. Aunque esté botada y ruinosa, la ocupo igualmente. Galán se duerme en el suelo, cubierto uno con la cobija de estrellas. En la parte de atrás hay un plan y allí quiero desyerbar para después sembrar la milpa.

Pero no hay prisa, me gusta pasar el rato mirando a lo lejos, a los cerros tan bonitos que le enseñan los dientes al cielo, a la montaña verde y al aire que tiembla con el calor. Vuelvo a buscar entre las matas de huerta la sepultura, pero no hay rastro de ella. Quizá me ha engañado esta memoria traicionera, pienso, y su muerte nomás la soñé, así que mejor no voy a poner una cruz nueva. Quién sabe, si me estoy aquí y no me alejo tal vez la vea llegar por la vereda que viene de la poza.

Está bonita aún, la mujer, no se le han caído las chiches y se mueve ligera. Lleva el cántaro en la cabeza, sobre el yagual, y los brazos apoyados en las caderas. Camina con esa gracia suya, única, como una llama movida por el aire, que hace enmudecer a la montaña. Como cuando era muchacha y me buscaba con el diablo en el cuerpo, y también yo la buscaba a ella. Me ve y se sonríe, se detiene a mi vera pero no apea el cántaro. Conserva el pelo muy negro, aunque la piel está llena de arrugas en las que uno puede leer como en un libro: las hay de cansancio, de soledad, de dolor; esa tan vertical que está en mitad

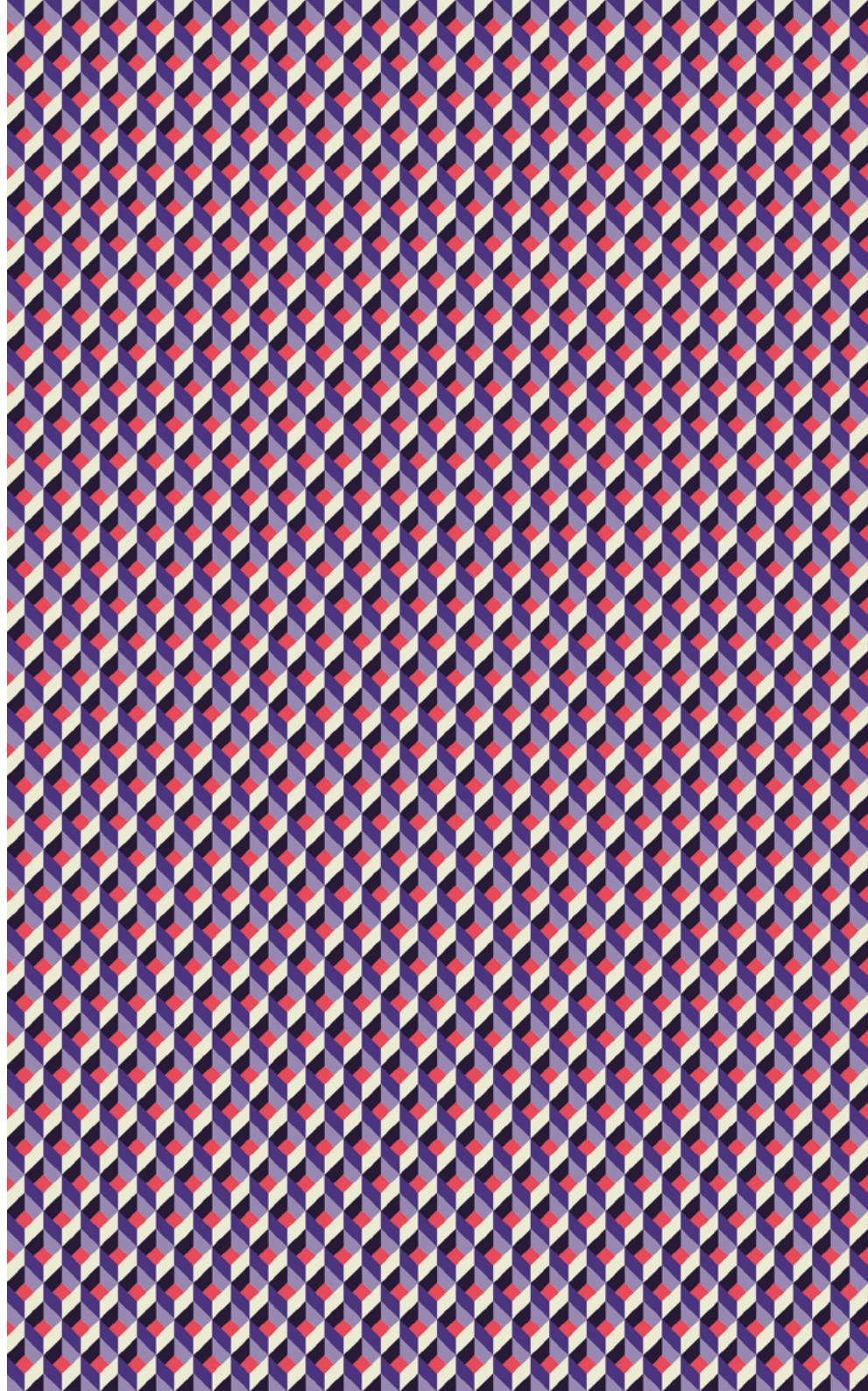


de las dos cejas le quedó del día que murió su nana; pero también hay arrugas de alegría, y ahora que platicamos se le marcan en las comisuras de la boca, en el hoyuelo del camanance. Me mira directo a los ojos, como ha hecho siempre, y me platica aunque no mueva los labios, que ya están resecos. Cuesta creer que sean los mismos labios que tantas veces besé. Tampoco los míos, viejos y borrados, son los mismos. Han perdido la costumbre de besar y de hablar palabras de amor. Pero las platicamos ahora, por los años perdidos; las mías tienen sonidos y las suyas son mudas. Detenidos en la vereda se ha venido la noche y otra vez la mañana, y más noches con sus mañanas porque hace falta mucho tiempo para desquitarnos del silencio y el desamor que cargamos encima. La veo partir con el cántaro sobre el yagual, ondulando el cuerpo con galanura, y veo cómo su figurilla se empequeñece más y más hasta desaparecer detrás de la loma.

Yo me quedo solo en medio de esta tierra y miro la sombra que proyecta en ella mi cuerpo reseco, y veo mis pies viejos y sucios del polvo de cien senderos y otros tantos caminos, un polvo que se ha incorporado a la piel y no hay tales de quitárselo por más lavados que me pegue, ni que la frote con piedra pómex. Enfilo nuevamente la vereda y sigo andando, pero me doy cuenta de que no soy yo quien camina por la vereda, sino ella la que me camina a mí, la que me ha estado caminando desde siempre.

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE  
LIBRO EL DÍA 20 DE ENERO DE  
2011, ESTANDO AL CUIDADO  
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO  
DE PUBLICACIONES DE LA  
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN  
**ZENOBIA**

CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS **ZENOBIA**



Universidad  
de Huelva



Ayuntamiento  
de **Moguer**